

La inminencia deconstrutiva: oportunidad de transición a la adulterez de la especie

*“Cuando me despojo de lo que soy,
me dispongo a ser lo que podría llegar a ser”*
Lao-Tse (siglo VI a.c.)

Sabias palabras de este filósofo chino fundador del taoísmo, que con el tema que nos convoca entrañan una especial sintonía, ya que también podemos entenderlas como la necesidad de anular nuestro *self* para poder conectarnos con el orden natural del cosmos, permitiéndonos seguir el camino del equilibrio y armonía con la naturaleza, y por cierto, con nosotros mismos.

Sin embargo, y en pos de exponer con mayor claridad los postulados de este libro, parece necesario hacer la aclaración de que, de no mediar disociación psiquiátrica o daño neurológico en extremo graves, no es posible despojarse verdaderamente de lo que somos, sino más bien, y sólo por un momento, de nuestros procesos autoconscientes, nuestro *self* y sus derivados, “despojo” que sí nos permitirá lograr una mejor integración de éste, así como cambios radicales en las formas de nuestro ser que no se encuentren bien acopladas con el medio que nos rodea.

Y es que este proceso de desconexión del aparato autoconsciente, que a la vez es un proceso deconstrutivo, lo que permite es el fortalecimiento del protagonismo de la conexión del dominio emotivo del sujeto con su entorno, que es, antes que todo, la vía originaria y base conductora de todos los

procesos conscientes y autoconscientes, de manera que, si lo que deseamos es realizar algún cambio significativo en nuestro sistema, los agentes de cambio deben operar directamente en este dominio, ya sea por medio del lenguaje, ya de mecanismos de comunicación “directa” o implícita, tales como el intercambio emocional, el arte, la música, la contemplación de la naturaleza, etcétera. Y la posibilidad de este cambio se ve facilitada debido a que, una vez que el proceso autoconsciente vuelve a reconectarse, el *self* se ve enfrentado a una especial oportunidad de revisar su propia articulación gracias a la interrupción de esa estabilidad fundamentada en lo obvio en que está acostumbrado a operar.

A modo de analogía, este proceso de desconexión y reconexión de la autoconciencia semeja a como si el *self* debiera detenerse ante un cruce de trenes y realizar el recomendado “Pare, Mire y Escuche”, antes de seguir avanzando; o como la vivencia que experienciamos cuando se corta la energía eléctrica mientras cocinamos o leemos un libro, pero que es restablecida un momento después, de manera que la estabilidad lumínica que normalmente damos por obvia, se ve afectada por una interrupción que a la postre se traduce en la facilitación de la valoración consciente respecto de la utilidad de ésta en nuestra vida cotidiana.

Comentario aparte merece el caso de la antipoesía de Nicanor Parra, pues es materia controvertida cómo es que su obra logra un impacto tan significativo en el lector, sea éste erudito o lego en las artes literarias, incluso más, logrando entender o no lo que está leyendo!, generando un sentido de comprensión tácita difícil de entender y, por cierto, de explicar; pero a eso se ha dedicado el filólogo César Cuadra durante los últimos años, quien ha logrado descifrar dicho “misterio” y explicado con “peras y manzanas” cómo es que

la escritura de Parra logra este impacto que le ha llevado a ser nominado en 3 ocasiones al premio Nobel de literatura.

Y es que uno de los pilares que sustentan su obra es el instalar ésta en el lector por medio de, en medio de y gracias al pensamiento complejo, permitiendo conjugar la lógica racional, científica, y el arte como un sistema integrado que invita y a la vez exige al lector participar activamente en la asignación de significado a lo que está leyendo, complejidad que se hace presente en circunstancias que protagonizan de manera fundamental la contradicción y denegación que realiza el antipoema en su propio discurso, el cual sin embargo llega al lector con una efectividad extraordinaria cuya evidencia normalmente se expresa vigorosa en él por medio de la risa, la que, aunque muchas veces de manera inconsciente, acusa el impacto certero en el centro de su aparato emotivo. Así, en su antipoema “*Retiro todo lo dicho*”, alevosamente Parra nos sorprende:

*“Antes de despedirme
Tengo derecho a un último deseo:
Generoso lector
quema este libro
No representa lo que quise decir
A pesar de que fue escrito con sangre
No representa lo que quise decir.”*

Como nos devela Cuadra con aguda lucidez, la deconstrucción que opera en la acción de contradecirse y a la vez borrararse a sí misma que articula la escritura de la antipoesía, se trata de un mecanismo que persigue un trasfondo ecológico, pues actúa removiendo el principio de realidad apropiacionista incrustado en el dispositivo lingüístico que ha propiciado que el ser humano se refiera a la naturaleza como una

realidad que inconscientemente entiende como parte de su dominio, lo que en definitiva ha pavimentado una senda de acoplamiento caracterizada por la depredación y contaminación. Así, la antipoesía actúa deconstruyendo este principio de realidad y a la vez el orden racional que lo sustenta, generando un estado de conciencia que opera desde el dominio emotivo, permitiendo acceder a las bases de una nueva forma de acoplamiento que se fundamenta en el principio de sustentabilidad.

Desde este paradigma, parece muy acertado el sentido de la necesidad de deconstruir el orden racional que aborda la antipoesía, pues es desde ella que propone un nuevo sentido para una racionalidad renovada, una alternativa para el sentido del sin-sentido. Debido a que la razón encuentra sus orígenes en el lenguaje, es a través del idioma común (habla comunitaria) que la antipoesía logrará paulatinamente dicha renovación, y es el modo violento de remecer el entendimiento que utiliza Parra el que logra flexibilizar el aparato cognitivo de los eruditos y de los peatones; ese ejercicio de inscripción y borradura que no lleva necesariamente a alguna parte. Ese es precisamente el poder del antipoema.

Poder similar poseen los métodos que usa el maestro zen para enseñar a su discípulo a desconectarse de la racionalidad para lograr un estado de conciencia que le permita lograr el satori (iluminación), exponente máximo de la desestructuración racional. Tal es el sentido de los golpes con varillas al discípulo y del *koan* en la práctica del *zazen*:

"¿Cómo es el sonido de una mano aplaudiendo?"

En lo fundamental, de un modo similar opera, entre otras, la psicoterapia postracionalista, en la que encontramos en sus

cimientos teóricos a los fundamentos biológicos del conocimiento postulados por Maturana, quien señala que todo sistema racional de un sujeto se sustenta en premisas básicas aceptadas por él a priori por medio de su estructura emotiva, de manera que no resulta posible convencer mediante argumentos lógicos a alguien que no haya aceptado a priori las premisas básicas de dichos argumentos. Es decir, el sólo accionar del lenguaje racional no es suficiente para producir un cambio terapéutico, pues éste sólo ocurrirá de manera significativa si el paciente logra dar sentido a los argumentos lógicos, propuestos en la interacción terapéutica, por medio de su articulación en su propio dominio emotivo.

Recapitulando, tal como en los procesos culturales normalmente tendemos a dejarnos llevar por lo obvio y a descansar en la estabilidad de los axiomas, en la trama de nuestra existencia individual el *self* a su vez tiende a desarrollarse en función de la narración de una historia de vida que secuencialmente en el tiempo resulte lógica, congruente y por lo tanto estable, pese a que dicha estabilidad en muchas oportunidades pueda implicar un estado que perpetúe un desajuste sistémico responsable de significativo sufrimiento mental. Necesaria, entonces, resulta la fractura de dicha estabilidad, de manera que se genere un terreno fértil para que el *self* reflexione sobre su estado interno y de acoplamiento con el medio, reflexión que permita en definitiva la comprensión de nuevas y mejores formas de ser y de relacionarse con el entorno. Afortunadamente, en su proceso, el desarrollo del *self* lleva implícita una dinámica dialéctica que opera entre la tendencia a mantener la estabilidad y el constante acoso de activaciones emocionales que, por su génesis, resultan disruptivas y que suelen derivar en conductas que en un principio (o en ocasiones nunca) no son sentidas como propias de nuestra “forma de ser”, pues no encajan en dicha estabilidad, pero que permiten en definitiva la fractura de un estado de

equilibrio para que surja el desarrollo de uno nuevo, cuya narrativa integre como propias esas nuevas formas de sentir y actuar. Podemos entender entonces como uno de los principales roles del psicoterapeuta el lograr una perturbación estratégica (deconstructiva) de esta estabilidad inicial, facilitando dicha reflexión.

De esta manera, la paradoja cosmovisionaria puede cobrar una sólida congruencia si entendemos que, independientemente del método utilizado para desequilibrar la estabilidad plástica del *self*, el proceso deconstrutivo confluye en la posibilidad de generar una reorganización que implica una revisión interna del sistema, así como del estado de acoplamiento de éste con el medio, lo que requiere un nivel de conciencia capaz de operar por medio de una sexta recursión.

Internalizado esto podremos entonces entender que resulta prácticamente ineludible para nuestra especie la necesidad de avanzar integralmente hacia el logro de este proceso recursivo de sexto orden, mediante el cual, tal como operan algunos procesos psicoterapéuticos, el individuo logre reflexionar sobre el nivel de adecuación del acoplamiento que posee su *self* respecto de la ética fundamental desarrollada en su propia clausura operacional, la cual debiera incluir estándares armónicos de relacionamiento con su ecosistema ampliado, proceso que ciertamente facilitaría el advenimiento de la auto-responsabilidad por medio de la articulación de una ética con un locus de control interno.

Es decir, en esta sexta recursión el propio *self* es autoconsciente, obteniendo acceso a la observación y evaluación de sí mismo en su dinámica de acoplamiento, configurándose de esta manera una instancia que permite al ser humano automonitorearse, facilitando su autocontrol, logrando estándares

res de acoplamiento que reflejen en la historia del *Homo sapiens* un salto cualitativo en el desarrollo del *self*, gracias al cual la tendencia egoísta cortoplacista y autodestructiva demostrada hasta ahora, se desarrolle hacia estadios de mayor madurez, permitiéndole el tránsito de la “adolescencia a la adultez”.

Esto tiene directa relación con los postulados que hace siglos han propuesto diferentes corrientes filosóficas orientales, como es el caso de las bases de la cultura china que se refieren a este nivel de desarrollo como propio del “Hombre Superior”, quien logra conducir su vida en función de un permanente examen y corrección de sus errores, consiguiendo estructurar su destino en forma soberana y en comunión con el cosmos y el *Tao* (camino), entendiendo que de esa forma de ser resulta el mejor servidor del bien común.

Efectivamente, el conocimiento del conocimiento obliga, mientras que de su propio proceso autoconsciente, el *self* se autoevalúa y autorregula.

“Cuando aumenta el conocimiento, entonces la voluntad se vuelve sincera; cuando la voluntad es sincera, entonces se corrige el corazón; cuando se corrige el corazón, entonces se cultiva la vida personal; cuando se cultiva la vida personal, entonces se regula la vida familiar; cuando se regula la vida familiar, entonces la vida nacional tiene orden; y cuando la vida nacional tiene orden, entonces hay paz en este mundo.”

*Desde el emperador hasta los hombres comunes,
todos deben considerar el cultivo de la vida personal
como la raíz o fundamento.”*
(Confucio, 571 a.c. – 479 a.c.)

Quizás en el futuro este desarrollo ontogénico signifique también la promoción de una evolución neurológica que implique el despliegue de nuevas redes neuronales, cuya complejidad creciente permita que esta madurez se instale en la filogenia de nuestra especie, de manera que en algún momento a las nuevas generaciones de *sapiens* les resulte más fluido un acoplamiento armónico y equilibrado, haciendo prescindible el tránsito deconstrutivo, pudiendo optar, por ejemplo, por utilizar éste como una poderosa herramienta para potenciar la producción creativa, pero, y aunque parezca contradictorio, ya no como un mecanismo de interrupción de nuestra esencia humana como medio necesario para lograr ser mejores humanos.

*“Presidiendo tribunales soy tan bueno como cualquiera.
La cuestión es proponerse que no haya tribunales
en absoluto, a fin de que las personas que
realmente hubieran hecho algo malo se
avergonzaran demasiado de sí mismas como para
pronunciar palabras de autodefensa.”*
(Confucio)